

ACOMPañAR LA VIDA HASTA SU FINAL

Queridos diocesanos:

La vida humana es un bien altísimo, que merece siempre ser acogido y respetado, aunque se encuentre en sus fases extremas. Cualquier persona puede alcanzar a comprender que la vida es el primer bien del que disponemos, sin el cual no se puede disfrutar de ningún otro bien. Por eso resulta inviolable y la sociedad debe reconocerlo así. Los creyentes, además, sostenemos que todo hombre, en cualquier condición física o psíquica, ha sido creado a imagen y semejanza de Dios y está llamado a un destino trascendente. Por eso nos sentimos llamados a acompañar con misericordia a los más débiles, especialmente cuando el dolor se hace presente en su camino.

También la vida del enfermo terminal resulta inviolable, aun cuando se encuentre atenazado por el dolor. Lamentablemente se va difundiendo una mentalidad que considera un bien la muerte y favorece la eutanasia y el suicidio asistido. En la carta "Samaritanus bonus" de la Congregación para la doctrina de la fe, se señalan tres factores culturales que pueden conducir a perder de vista el valor profundo e intrínseco de la vida.

El primero es el concepto de "calidad de vida", que se utiliza con frecuencia para desechar la vida de los más débiles. Por desgracia, hemos visto cómo se aplicaba esta idea en la crisis de la covid-19, cuando los hospitales estaban saturados y unos funcionarios decidían quién merecía recibir atención médica en función de los estándares de "calidad de vida". Claro que lo que cuenta en estos estándares son criterios utilitaristas: juventud, fuerza, capacidad de disfrutar de la vida física,... Se valora la vida por la eficiencia y utilidad y cuando la calidad de vida parece pobre, se considera que no merece la pena prolongarla y que lo mejor es ofrecer lo que suelen llamar una "muerte digna".

El segundo obstáculo procede de una comprensión errónea de lo que significa la "compasión". En nombre de la "compasión" se justifica acabar con la vida de un paciente si padece un dolor que se suele calificar de "insoportable". Pero la verdadera compasión humana no consiste en provocar la muerte, sino en acoger al enfermo para sostenerlo en medio de las dificultades y ofrecerle afecto, atención y medios para aliviar su sufrimiento.

El tercer factor es el individualismo que domina nuestra cultura y que lleva a pensar que cuando el individuo se encuentra dependiente y no dispone de cierta autonomía, cuidarle es un "favor" que le hace la sociedad. Es la mentalidad del "descarte", que deja fuera del engranaje a los más débiles. Pero el valor de la vida de una persona no disminuye porque se encuentre dependiente ni deteriorada física o psicológicamente.

Un fundamento esencial de la sociedad es el reconocimiento del valor inviolable de la vida. No existe el derecho al suicidio ni a la eutanasia: el derecho existe para tutelar la vida y la coexistencia entre los hombres, no para causar la muerte.